

NMK

Albert Serra

**Un brindis
por San Martiriano**

Traducción de Marra Armengol Royo



H&O

Título original: *Un brindis per Sant Martíria*

Primera edición: abril de 2023

© De los textos: Albert Serra, 2023

© De la traducción: Marta Armengol Royo, 2023

© De esta edición:

H&O Editores

C/ Milà i Fontanals, 19, 2n

08012 Barcelona

Imagen de cubierta: Óscar Fernández Orengo

Diseño de la colección: Silvio García Aguirre

Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

© Del cartel de la página 95: Comisión Tàpies, VEGAP,

Barcelona, 2023

Corrección: Clara González-Bruzos

Impresión: Pagès

ISBN: 978-84-126262-6-1

Depósito legal: B 7608-2023

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

*A toda la gente de Banyoles que me ha influido,
sin la cual no sería quien soy, en especial aquellos
que ya no están: LL. C. y F. B.*

*A todos aquellos, de Banyoles o no, que se han cruzado
en mi camino artístico y han entendido lo que quería hacer*

«Yo lo he empezado, yo lo he terminado.»
CELSO COSTA (1928 - 2009), empresario bañolense

No sé si es apropiado que este pregón lo dé yo. Me lo preguntaba cuando me lo pidieron, y al final tuve que buscar razones para que fuera de verdad pertinente. Se me ocurrieron dos buenas razones. Ahora mismo estoy haciendo una cosa que es un pregón de las fiestas de Banyoles y eso son dos palabras: *fiestas* y *Banyoles*. Pues haré un pregón que hable de estas dos cosas porque tanto un elemento, *Banyoles*, como el otro, *fiestas*, han sido muy muy importantes en mi vida. Diría que han sido los dos elementos más decisivos y lo siguen siendo, a pesar de todo, hasta hoy.

No creo que haya nadie más en la práctica contemporánea del cine, al menos en el nivel en el que yo me muevo —es decir, de gente que goza de un cierto reconocimiento internacional

por parte de la crítica—, para quien el elemento lúdico haya tenido una relevancia tan y tan grande. Siempre, en todas mis películas, desde el inicio. Para mí, y creo que también para todo mi entorno, eso ha sido completamente fundamental. Si las cosas no se hacían para divertirse, si no había ese ingrediente de fiesta y fraternidad, nada tenía ningún sentido. Para tener una vida normal y corriente, una vida, digamos, en la que no hubiera ningún elemento subversivo, aunque esa palabra pueda sonar algo presuntuosa, si no había ningún elemento lúdico, la vida podía convertirse en una cosa simplemente aburrida y sin interés. Esta concepción vital va ligada y tiene su origen en mucha gente de Banyoles que me influenció y de la que os hablaré un poco.

Decidí ser director de cine precisamente para perpetuar el concepto *fiesta* y el concepto *lúdico*. De ninguna manera quería que esos ideales quedaran limitados a los días de las fiestas normales de cada pueblo, como las de San Martiriano, ni siquiera a los cumpleaños, que son el equivalente de las fiestas de pueblo para

la persona individual. Era necesario que esto se ensanchara y se alargara y que, de hecho, formara parte de la vida los trescientos sesenta y cinco días del año. Por eso tuve colaboraciones e influencias muy importantes, sin las cuales probablemente esta *agenda* no podría haberse llevado a cabo, porque el cine es un arte con una lógica de trabajo colectivo. Cuando uno toma conciencia de que la vida solo tiene sentido si se desarrolla así, de forma natural, este ideal se acaba convirtiendo casi en un programa político, en un programa de vida, y si, además, este ideal se puede combinar con el arte, y si, yendo aún más allá, uno puede convertirlo en una forma de vivir o de ganarse la vida, pues mejor todavía.

El concepto *Banyoles* fue muy importante al principio. Evidentemente, porque soy de Banyoles, ¿verdad? Esta es una pregunta que me he formulado muchas veces y que es de difícil respuesta; probablemente vosotros también os la habéis hecho: ¿hubiera sido diferente, hubiera sido también posible lo que yo he sido o lo que yo he hecho en otro lugar? ¿Hasta qué punto

esta situación concreta, en esta ciudad concreta, con esta gente concreta lo han determinado? ¿En qué grado todos estos factores han influido en el destino de esta persona? O, por el contrario, ¿hubiera bastado la fuerza individual para que se desarrollara de forma similar con otras influencias en otro lugar? Qué grado, qué porcentaje de fuerza tiene el ambiente y qué porcentaje tiene uno mismo es un gran dilema de la vida y, de hecho, se debate siempre en términos de dialéctica entre genética y cultura. Abro paréntesis para decir que yo me inclino siempre por favorecer la importancia de la cultura, que es una elección y, por lo tanto, una seña de civilización; y, en todo caso, el elemento genético lo reduzco a un aspecto muy concreto de la personalidad, que es el carácter, sin el cual, cierto, no puede hacerse nada ambicioso, porque solo el carácter nos permite superar el miedo al fracaso cuando queremos adentrarnos por caminos que no se han transitado antes; incluso, dentro de lo que configura el carácter, una parte específica de este que es la *resolución*. No he olvidado nunca, desde que

la leí por primera vez, la cita extraordinaria del Cardenal de Retz en la que aún hace una distinción más sutil entre *valentía* y *resolución* con una fórmula magistral:

*Monsieur le Comte avait toute la hardiesse de cœur que l'on appelle communément vaillance, au plus haut point qu'un homme la puisse avoir; et il n'avait pas, même dans le degré le plus commun, la hardiesse de l'esprit, qui est ce que l'on nomme résolution. La première est ordinaire et même vulgaire; la seconde est même plus rare que l'on ne se le peut imaginer: elle est toutefois encore plus nécessaire que l'autre pour les grandes actions.**

Que no os parezca una paradoja: hace falta resolución para perpetuar la fiesta. Como tampoco es ninguna paradoja, como mostré en mi

* «El señor conde tenía toda la osadía que se suele llamar valentía en el grado más alto que puede poseer un hombre; y no tenía, ni en el grado más común, el atrevimiento al que se suele llamar resolución. La primera es normal, casi vulgar; la segunda es mucho más rara de lo que se puede imaginar y, sin embargo, es aún más necesaria que la primera para los grandes actos.» Cardinal de Retz, *Mémoires*. Le Livre de Poche, 2003, París.

filme *Liberté*, querer imponer el libertinaje por la fuerza por medio de la violencia necesaria.

El concepto *Banyoles* evidentemente va ligado a otro tema muy importante. Muchos de vosotros, seguro que también quienes estáis aquí conmigo, habéis tenido que desarrollar vuestra carrera profesional, o habéis tenido que vivir por motivos personales, o por lo que sea, en ciudades grandes. Y aquí se produce otra tensión interesante y divertida: ¿cuáles son las ventajas, cuáles, los inconvenientes, qué aporta una ciudad pequeña —del tamaño de Banyoles, por ejemplo, que yo considero que es bastante ideal— en comparación con las ventajas que aporta una ciudad grande? El magma y la indefinición de la ciudad grande: a partir de la Revolución Industrial sobre todo, en el siglo XVIII, o cuando se empiezan a crear los grandes núcleos urbanos, algo más tarde, este es un tema, un dilema, un debate, un motivo de pensamiento que interesa y afecta a muchos filósofos, a muchos artistas, a muchos creadores, para saber si efectivamente tienen que trasladarse e ir a ganarse la vida a una ciudad

grande. Y se preguntan cómo afectará eso a su pensamiento, cómo afectará a su vida y, si ya tienen un poco más de ambición de pensamiento, cómo eso afecta ya en ese momento a la vida de la comunidad en general. Hay muchas teorías, pero evidentemente el sentido común nos lleva a todos a pensar que, tal vez, en lo más esencial de la vida de una persona, que podríamos considerar que son los años formativos, una ciudad pequeña puede ser mucho más beneficiosa. El corazón de la gran ciudad es caótico y su fundamento psicológico es la intensificación de la vida nerviosa, la sucesión rápida, ininterrumpida, de impresiones externas e internas que son difícilmente gestionables para una persona, para un individuo. Eso puede llevar a la confusión, puede llevar hasta al tedio, por pura incapacidad de asimilación de esas impresiones intermitentes, agudas y fugaces, bien descritas por Walter Benjamin y Georg Simmel. Ese tedio es mucho más frecuente, a pesar de lo que cree la mayoría de la gente y, a pesar de que pueda aparentar ser otra paradoja, ese tedio es mucho más habitual

en el espíritu de los habitantes de las grandes ciudades que en el de los de pueblos pequeños. Teóricamente, en las grandes ciudades se han inventado todas las distracciones posibles, precisamente, para mitigar ese efecto, el de la aparición del tedio, y sin embargo, el tedio, de una forma desconcertante, se incrementa. Un poco como les pasa a los drogadictos: les van dando una dosis cada vez mayor de droga y el efecto cada vez es inferior. En la ciudad pasa un poco eso y nace el famoso tedio o *spleen*, que se definió en el siglo XIX, y el caso es que, en el ámbito creativo, estas no son condiciones ideales. Para organizar todo este tedio, para organizar toda esa confusión de las grandes ciudades, evidentemente, se ha inventado una cosa que es la *razón* y, a través de ella, se ha buscado la forma de transformar la tediosa confusión en algo soportable.

En la gran ciudad, la mayoría de las relaciones se transforman así en unas relaciones más bien intelectuales, es decir, marcadas básicamente por el interés. Las personas se transforman, se vuelven indiferenciadas y se las valora

solo por su prestación objetiva. Eso no es así en los pueblos, precisamente porque, al no existir esta acumulación de vida nerviosa, no es necesario tener que gestionarla: no tienes que protegerte de nada y las relaciones personales pueden ser de orden emocional. Y yo creo que esa es la gran diferencia, esas relaciones intelectuales basadas en el interés contrapuestas a las relaciones emocionales basadas probablemente en pulsiones más irracionales, más esenciales, más instintivas, más soberanas, que son propiamente las formas de relación en los pueblos. Y no son relaciones emocionales impuestas, tampoco hace falta mitificar ni imponer esta forma de relación. Un pueblo no es una familia, no es una fraternidad, digamos, absoluta ni dada..., ni que tenga que darse necesariamente. Es más o menos una comunidad en la que la gente elige vivir, pero, ya digo, con unas emociones, con unas relaciones emocionales gestionables y, en cierto modo, más profundas que en la gran ciudad. A partir de ahí, yo opino que eso crea una cierta fortaleza porque, inevitablemente, privilegia la individualidad de las personas,

su instinto, la personalidad propia; todo lo que la ciudad excluye en el pueblo se acepta y genera una forma vital, creo que pulsional, mucho más intensa y que, a la larga, si esto se produce en los años de formación, genera una fortaleza mucho mayor.

En la vida he conocido a mucha gente, y es cierto que no he encontrado nunca a casi nadie, o puedo afirmar que directamente a nadie, que haya nacido en una gran ciudad y que me impresionara; las personas notables con las que me he cruzado son oriundas de áreas que no son la gran ciudad; y es a partir de esta experiencia propia y de mi intuición que estoy convencido de que todas las personas realmente fuertes y duras no vienen nunca de un entorno urbano ni de una gran ciudad, donde es mucho más difícil llegar a una formación y a una fortaleza verdaderas, por los motivos que acabo de explicar.

La ciudad impone una especie de precisión; si no, no funcionaría. Se pone a menudo el mismo ejemplo: si los relojes no estuvieran sincronizados, en cualquier ciudad se crearía un caos que duraría mucho rato; dejas